

# Berta Kolteniuk: naturalezas fracturadas

Álvaro Enríque

BERTA KOLTENIUK cierra un círculo de meditaciones plásticas en torno a la disposición del color y el control del volumen en superficies extensas y fracturadas geométricamente. La obra —a la fecha la síntesis más terminada de un trabajo concentrado y luminoso mejor recibido en Estados Unidos que en México— es una puesta en materia del proceso de observación y valoración de los ciclos vitales: el cambio estacional, la permanencia y la fragmentación del ser entre los azares genéticos, la muerte como condición necesaria de la vida.

El trabajo reciente de Kolteniuk está todo alzado en torno a una curiosidad formal incansable y ordenada. Sus obras evolucionan casi como una parodia de los patrones naturales: paneles de dimensiones reducidas y colores sólidos que se suman como las células de un cuerpo en gestación para integrar piezas imposibles de ser

enmarcadas porque literalmente brotan de la pared; torres de paneles que se debaten entre su condición escultórica —tienen volumen— y su naturaleza pictórica —son deslizamientos geométricos de color—. Cada nueva concepción conduce a otra que podría resultar o no más apta para sobrevivir por sí misma, pero igualmente rigurosa y disciplinada en términos de imaginación plástica. En sus trabajos más recientes el discurso se articula más allá del volumen mismo:

el trazo es generado por el paso de la luz sobre agujeros, o se plantea como una dislocación espacial: pinturas abstractas que serían convencionales si no estuvieran dispuestas de manera horizontal sobre una estructura de madera.

Esta serie de meditaciones plásticas sobre la organicidad del programa de transformación de lo natural parece haber cuajado durante la entrada de la artista en la madurez. No es que los trabajos sean autobiográficos —aunque a fin de cuentas todo siempre termina siéndolo— sino que posibilitan una lectura crítica de

la extrañeza que supone cada individualidad: para Kolteniuk no hay armonías que no sean complejas ni unidades que no estén fundamentadas en la diferencia y la separación. Cada espacio entre los paneles parece buscar el respaldo de una cicatriz, cada variación de color el de un periodo vital, cada incorporación de un ma-

terial nuevo el de un proceso de renovación psíquica. Al adquirir una forma geométrica —limpia— o un color sólido y contrastado, la diferencia se empalma en la diferencia y forma una naturaleza única y complicada. Para la artista cada pieza es legión.

Dante escribió la *Comedia* a la mitad de lo que creía que iba a ser su vida. Se detuvo y compuso un vasto poema del que terminamos heredando no sólo la gramática moderna



*Exterior space*

–tuvo que inventar el italiano para poderlo escribir– sino un montón de estructuras mentales que todavía gobiernan nuestra visión del mundo. Más cerca de nosotros, antes de mediar el siglo pasado, Paul Valéry hizo lo mismo con *El cementerio marino*: el viento se termina en mitad de una navegación, a bordo del barco, es forzado a hundirse en las aguas tumultuosas de su experiencia. La profundidad marina es representación de un caos elemental que tiene que ser ordenado con las armas del arte. Al final el artista emerge renovado y el mundo tiene otra prueba de que la naturaleza puede tener un amo si éste la somete con rigor a los mandatos de una imaginación clara: el mundo es para que lo dibujemos en nuestros términos.

El trabajo de Kolteniuk tiene el mismo aire de recapitulación: después de quién sabe cuántos años contenida entre el frío y el calor extremos de la costa oriental de Estados Unidos –la nieve, el sol devastador, los incendios de otoño, la primavera como delirio– la artista entrega una versión del mundo natural rediseñada al cobijo de una de las imaginaciones más sobrias y distinguidas de su generación.

En *Rosebud* toda la primavera es un rosado deslumbrante y todo el invierno el gris y el blanco. El volumen viaja de la informidad del trozo de madera al bajorrelieve nevado y la promesa nublada del gris. Al fin, aterriza en la plenitud discretamente irónica de una extensión limpia y rosada. La fragmentación de los paneles –cielo y tierra arriba, abajo una totalidad que se ambiciona y que sólo puede ser alcanzada como ejercicio de la conciencia– medita sobre

la imposibilidad de ser monóticamente: nacimos por la división de nuestros padres y vamos a morir partidos por los hijos.

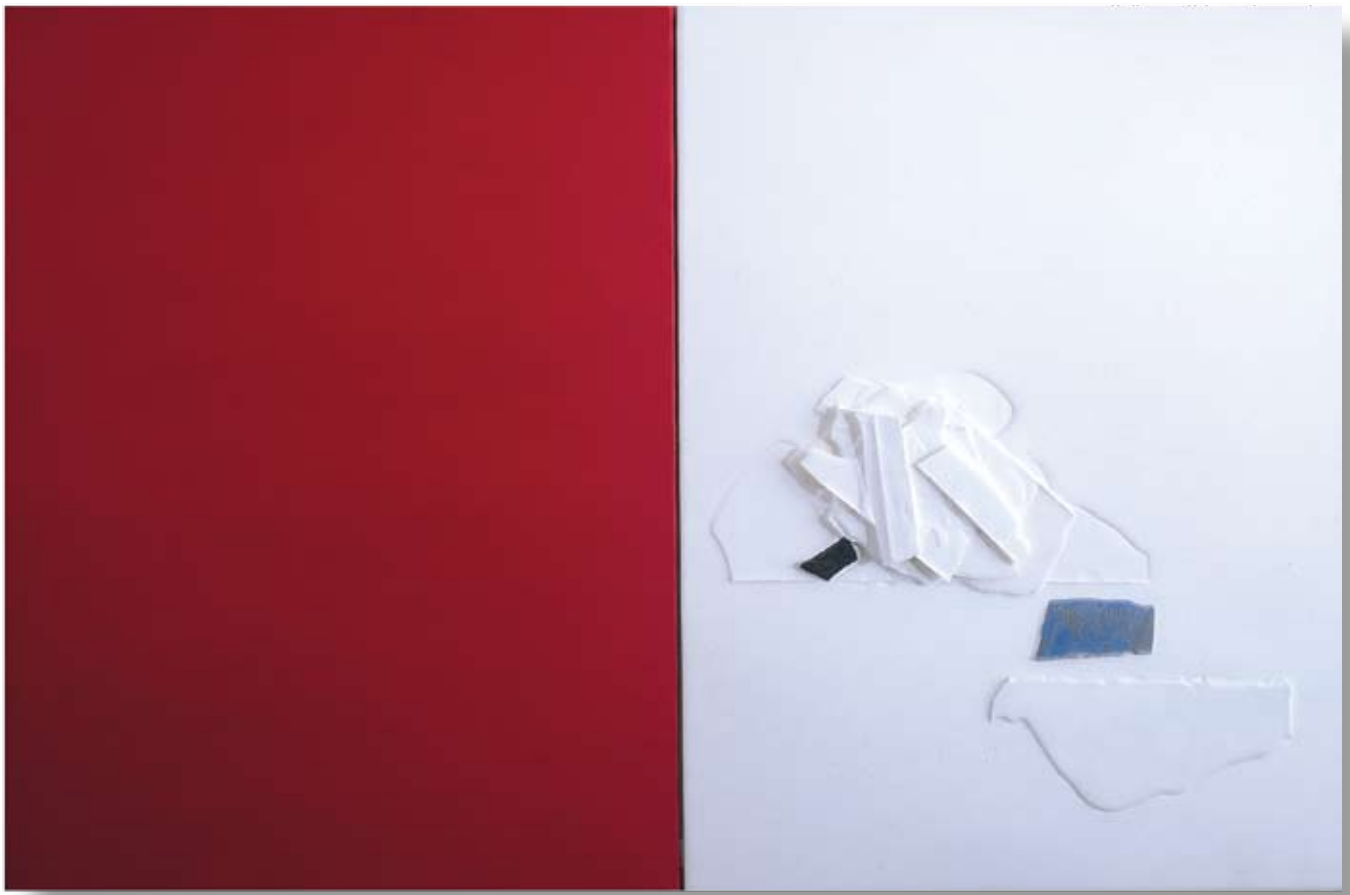
Rainer Maria Rilke lanzó, en uno de sus *Sonetos a Orfeo* –escritos a raíz de la muerte de la que iba a ser su última amante–, una pregunta capital sobre el aspecto cíclico de la vida y la posibilidad de existencia del arte: si al comer una manzana lo que saboreamos es el destilado final de la descomposición de un cadáver, quiénes, entre los vivos y los muertos, son el amo y quiénes el esclavo. Su conclusión se inclina hacia el magisterio del más allá: son ellos los que crean la fruta que nosotros, cuando mucho, podemos representar en el poema.

La obra de Kolteniuk parece responder oblicuamente a la pregunta de Rilke después de cien años fértiles de experiencia artística: tratar de representar una fruta es inútil porque ya está ahí y es la obra maestra de todo lo que se ha roto; pero podemos comentar sus fracturas, anotar la complejidad de sus elementos, vislumbrar los matices de que está hecha. Alzar una pieza es recomponer las marcas que la manzana nos deja en la conciencia: comerle el mandado a la naturaleza. •

ÁLVARO ENRIGUE (México, 1969) ha escrito dos novelas: *La muerte de un instalador* (1996, Premio Joaquín Mortiz de Primera Novela) y *El cementerio de sillas* (Lengua de Trapo, 2002), y dos libros de cuentos: *Virtudes capitales* (Joaquín Mortiz, 1998) e *Hipotermia* (Anagrama, 2005). Actualmente es editor de la revista *Letras Libres*. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores.



*Rosebud*



*Close to red*



*Ice memory*



*Azul mediterráneo*



*Long way*

Vocación de silencio

*Amo la emoción que corrige la regla.*

*Amo la regla que corrige la emoción.*

Georges Braque

LA OBRA PLÁSTICA de Berta Kolteniuk es una reflexión profunda, receptiva e informada sobre el arte abstracto y sus múltiples posibilidades que abarca e integra, con plena conciencia de causa, la severidad del dibujo y de lo propiamente gráfico con la poética del color, la intensidad expresiva y el rigor constructivo. Kolteniuk muestra, asimismo, la diferencia que existe entre un cuadro autónomo y una obra que se vale de trípticos y polípticos. Para Kolteniuk un cuadro no es el mero resultado de una idea preconcebida ya, en el momento del hacer surge lo inesperado. De allí que sus cuadros resulten del encaje entre un orden regido por las exigencias de los elementos plásticos utilizados y la vivencia entrañable y sensible que mueve el acto de la creación. Y ello sin hacer alardes innecesarios, o sea, en vocación de silencio. •

Jorge Juanes



*Blanc*

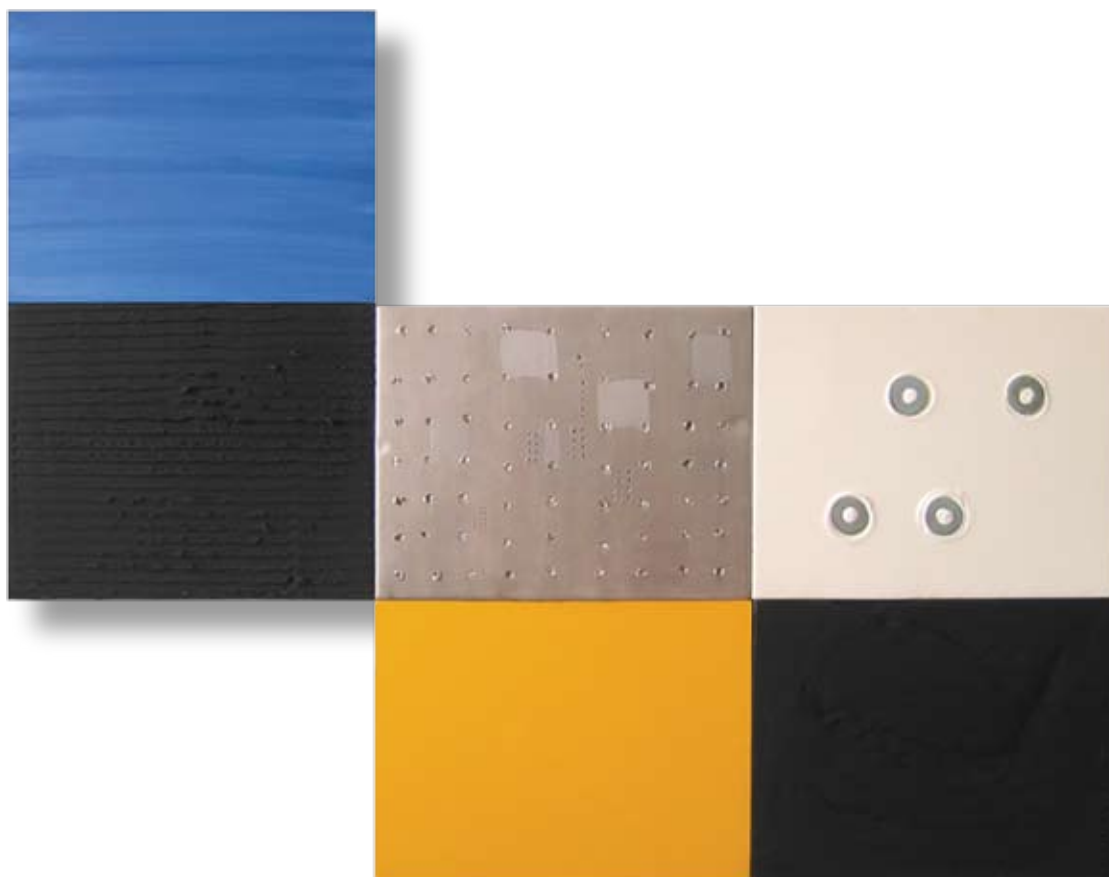




*Turbulencia en plata*

LA OBRA DE BERTA KOLTENIUK está sustentada sobre una lingüística sensorial que, en una tácita resignificación simbólica de los colores y los estímulos plásticos, alcanza a ser elocuente, en una especie de lenguaje interior que, aunque todos entendemos, muy pocos logramos decodificar, como las ideas antes de volverse palabra. •

Luis Ramaggio



*Metallic blue*

BERTA KOLTENIUK es egresada de la Academia de San Carlos. Ha desarrollado su obra a partir de las experiencias vividas a lo largo de sus viajes –desde San Cristóbal de las Casas hasta Washington–. Regresó a México en 2004 después de una estancia de siete años en Estados Unidos donde consolidó su lenguaje plástico. Ha expuesto su obra en numerosas salas de nuestro país, Estados Unidos, Asia y Europa.